



Jorge Nawrath recuerda su inicio como escritor

Su encuentro con los libros y con las letras, en los días de su niñez, y sus encuentros con maestros y personajes que marcaron hitos en su vida de escritor, fueron recordados por el abogado Jorge Nawrath Cordeiro, en el discurso que pronunciara el sábado 11 de noviembre, al ingresar como Miembro Correspondiente por Rancagua, en la Academia Chilena de la Lengua.

La solemnidad ceremonia realizada en el Auditorio de la Municipalidad de Rancagua, sobre la cual ya dimos detalles en estas páginas, se inició con palabras del Director de la Academia don Alfredo Mattus Olivier, y continuó con el discurso de recepción que estuvo a cargo del Académico de Número don Héctor González Valenzuela, cuyo texto ya fue publicado en este diario.

Finalmente, don Jorge Nawrath pronunció el discurso que insertamos en esta página.

PALABRAS DE DON JORGE NAWRATH NUEVO ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Hace algún tiempo, con ocasión de haberse concedido a la Corporación Cultural de Rancagua el premio "Alonso de Ercilla", debí dirigirme a ustedes para agradecer esa distinción. Tal vez pude imaginar entonces (utilizo el vocablo imaginar en su acepción de presumir y éste último en todas sus acepciones), tal vez pude imaginar, reitero, que podría un día repetirse esa experiencia inquietante, pero no lo llegué a creerlo. Esa designación como miembro correspondiente de la Academia Chilena de la Lengua que me ha sido acordada me resulta, pues, increíblemente. Pero, enfrentado a la decisión a parecer irrevocable, debo quizá atribuirle, más que a mis méritos ovecerarios (otra vez en todas sus acepciones), a hechos externos, como a la circunstancia de haber dirigido desde su fundación, hace tres años, la Corporación Cultural de esta ciudad y su "Concurso Literario OSCAR CASTRO", y a la generosidad de algunos amigos de entre ustedes, que promovieron mi nombre quien sabe con qué inscrutables propósitos. Cualquiera sea la fuente de su origen, sin embargo, este desproporcionado honor cotiza el deseo que he formado el idioma como su más preciada posesión, con todo, irregular e imperfecto.

Desde los días de la infancia, hace ya una barbedad de años, las palabras produjeron en el niño que fui y que aún cargo a la espalda, el embrujamiento de una suerte de magia: fluían de la boca de la abuela cuarenta y cinco, antes del descubrimiento del desmenuzamiento de la lectura; cuando se transformaron en caracteres, poblaron las páginas de El Peneca, la revista que todos ustedes, supongo, esperaron con ansias como el tesoro que traían los días vieiros, y en cuyo "Hincón de los Poetas" se habrán iniciado - y que duda cabe - muchos de los nuestros cuyos rastros en ella sería menester seguir. El primer libro, prestado por el maestro de la escuela con cruces de don Gilberto Epiquay, a quien rindo emocionado mi recuerdo, narraba la historia de un niño lejano que volaba con el tono de los ánsares, y cuyo itinerario seguí con el vértigo provocado por la doble altura del vuelo y la de las palabras. Ese mismo maestro nos enseñó las primeras poesías, y la muchedumbre rítmica del día supo que, además de un lazo, el idioma era una casa de música. Varios de esos primeros poemas eran también de una maestra. En a casa contaba a la rifa, sobre la fachada de adobe descaecarados, un cuartel nazaba: "En esta casa nació Gabriela Mistral". En su huerto, y en los vecinos en los que puló mi infancia, entrábamos a recoger nuestro botín de frutas por los pasos secos que la ríñez halla en los muros. Un poeta a quien siempre escuché - no sé por qué - con el silencio, decía que el sueño era dormirse como se duerme un niño, y apagarse una noche como muere una estrella, que ardió milares de años y que nadie la vio. Era también un

hombre de esos delgados valles y nos hablaba de algo que conocíamos de sobre: el sueño y las estrellas que tacharon el cielo sobrecogedor de El Elqui. Carlos Montecari, hasta hoy, permanencia en la memoria atado indolentemente, también, a ese cielo.

La Novedad de los diez años me trajo el regalo que más he agradecido en la vida, aun cuando al descubrirlo sobre mis zapatos sufrí a destiempo de no encontrar en ellos un juguete; "Las Cien Más Bellas Poesías para Recitar", recopiladas por María Romero, probablemente más conocida por haber dirigido durante años la revista Eoran, "ese pozo de iniquidad a que se refería el sacerdote de Altoraz Calderón. Ese compendio se transformó en el libro de oraciones de todos los días. Entre sus versos habla, unos que se ordenaban bajo un título desmesurado: "Breve Lelania Por Algunos Inmigrantes Muertos En Esta Tierra", de un autor cuyo nombre evocaba, al menos así me lo parecía, distantes brumas: Jacobo Danke. No pude columbrar que con el tiempo me escogería casi como a un hijo y que de su mano conocería a escritoras acaudadas en la región del mito, como Francisco Colcane y Nicomedes Guzmán. El fue quien me impulsó a establecer si era legítima, la emoción de la abuela, quien el leote el capítulo "El Hacendado", de "Cuando era Muchacho", el libro más importante de González Vera, se sintió reconocida en él y reconoció también a su autor, el hijo de la mujer que oficiaba de su lavandera y al cual llamaba "el Buen Grillo". En las orillas del Mapocho, vocando sus obras junto a Manuel Rojas, le conté mi historia. Algo como el estupor lo inmovilizó por un instante y luego, vivamente, me preguntó: ¿Cómo está la señora Blanca? ¿Cómo está? La señora Blanca había ya muerto, envuelta en las nieblas de sus largos años. Se o dijo, y en el hombre de infancia iluminado que fue José Santos González Vera, creo que vi apagarse, separada y destela, una secreta lámpara.

El liceo era puerto mayor e inalcanzable para la casi totalidad de mis condiscípulos, cuyo futuro cierto era volver a los surcos o incorporarse como obreros a las faenas mineras del Norte Grande. La Escuela Normal de Copilapó y la Escuela de Minas de La Serena, lograban rescatar a algunos del naufragio. Los marinos lográbamos arribar a la enseñanza secundaria, que constituía el máximo horizonte visible. Por vocación familiar estaba destinado a incorporarme a ella, y durante los seis años siguientes me cobijó el centenario Liceo de Hombres de La Serena. Cuando iniciémos el quinto año de "Humanidades" - recordemos que no se conocía la actual enseñanza media, que exige una superior bastante improbable - se incorporó al plantel docente un joven profesor de castellano, apenas

mayor que sus alumnos, seguido a un paso por la firma de temibles condiciones bovariles. Alfonso Calderón nunca hizo gala de sus dotes deportivas, pero, en cambio, sí exhibió a meras su pasión por la literatura, contagiando a mandadas de mandriles que dedicaron parte importante de sus horas a hurgar en espesos textos. El entusiasmo llevó incluso a sus huéspedes a invadir la Estación de Ferrocarriles, una tarde en que se anunció la llegada de El Poeta, quien no acudió a la cita. Le debo a Alfonso la lectura sistemática, el camino sin retorno y la amistad que ha envajecido con nosotros.

Los años de la universidad no aportaron casi nada al misero bagaje. Deseché las clases de Jorge Millas, en el quinto año de derecho, por aliviar la carga cuando ésta ya pasaba. Jamás he dejado de arrepentirme de tamaña cecidad. Tampoco supe que, muy adelante, las semanas de algún modo se entrecruzarían y discurrirían de un cálido afecto en la parcela de Alto Jahuel, durante cuyas noches repasábamos las "Escenas Inéditas de Alfoa en el País de las Maravillas", libro póstumo que me supo mejor que el original y que sólo deben conocer los que han cruzado del otro lado del espacio. Egresé con una licenciatura en las manos y en el futuro la promesa de un título en llegar. A bandazos entre la necesidad de sustentar la vida y los llamados de una vocación veleidosas, doy por seguro que ya no arribaré a ningún puerto y seguiré a la deriva, convertido en lo Flabio llamó "merodeador literario", o en un nadador de los ciancos, que parece ser lo que soy. Ello me ha valido, en todo caso, la confianza de esta ciudad en la que anclé, tal vez definitivamente, para entregarme la conducción de la Corporación Cultural, fundada cuando advertíamos un estado de somnolencia cívica comparado en la afirmación menuda de que a capital proporcionada, a corta distancia, la satisfacción de todas las necesidades de índole espiritual. Con la coautoría entusiasta del alcalde de la época, Mario Barrientos Ossa, dimos forma a la nueva organización dotándola de una personalidad múltiple, cuyo rasgo distintivo, sin embargo, aquel que concluiría por identificarla, fue el "Concurso Literario Oscar Castro", concebido con carácter nacional para premiar las obras de creación en los cinco grandes géneros convenidos como clasificatorios del quehacer literario: la poesía, el cuento, la dramaturgia, el ensayo y la novela, esta última limitada a lo que, tal vez por pura comodidad, se ha dado en llamar "novela corta". El primer género convocado fue el de poesía, y se exigieron textos que conformaran una obra de algún aliento. Más de un millar de trabajos y de autores - sólo se admita uno por autor - concursaron, y el primer premio lo obtuvo un joven poeta, quien con los años alcanzaría otras distinciones hasta hacerse un lugar en la nueva poesía: José María Marmet. El jurado estuvo compuesto por los escritores Roque Este-

Palabras de don Jorge Nawrath nuevo académico correspondiente. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Palabras de don Jorge Nawrath nuevo académico correspondiente. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile